

Nora Strejilevich

El lugar del testigo

Escritura y memoria

(Uruguay, Chile y Argentina)



Índice

Agradezco	5
A modo de prólogo	
La literatura sabe	7
I	
Introducción. Desaparición y escritura	11
Darle palabras al horror	23
El testigo cuenta	25
Cuestionamientos a la palabra del testigo	41
Giorgio Agamben: en torno a la imposibilidad del testimonio	43
Beatriz Sarlo: debate sobre el discurso de experiencia	49
II	
Un glosario sin definiciones	61
III Uruguay, Chile y Argentina. El Plan Cóndor	
La Interpol contra la subversión	105
Uruguay: la caída de un mito	107
Chile: desaparece un país	135
Argentina: en estado de memoria	181
Bibliografía	289

A modo de prólogo. La literatura sabe

La literatura sabe. La historia pierde las batallas que la literatura traspone. La literatura puede con la historia, la serie más cercana que la acecha. La bandera de rendición solo está en la ciudadela de las instituciones que regularizan y ordenan el pensamiento y sus discursos. Cuando la literatura, la terrible y valiente lírica, el permeable retrato de lo que pasó, el más complejo y simple a la vez, toma la historia, la traspone a través de incalculables saberes y la conserva a perpetuidad.

La institución crítica intenta escribir también esas historias, y a menudo emprende la guerra contra las crónicas, las memorias y las cartas. Pero crónicas, memorias y cartas son el testigo, el testimonio material más humano, escrito por los que allí estuvieron y recuerdan. Obras que sostienen el horror y, así, un verdadero encuentro cruza historia y literatura. La literatura, verdadera hermana del tiempo, sostiene el milagroso hilo de la historia real.

La literatura soporta lo desesperante, lo trágico. Puede. Sabe. Es el drama sin atenuantes, más allá de toda épica, de toda imposible explicación. La palabra y la frase literaria presentan, muestran, señalan. Dicen y muerden. Afectan. No tiene retorno: hay libros que nos cambian la vida.

La historia puede ser el tiempo que tarda un libro en ser leído. En ese sentido es que algunas obras todavía no llegaron. No fueron aceptadas, no fueron soportadas por los discursos legitimadores de las instituciones, de la cultura: hay libros que la crítica y la teoría, la apaciguadora norma, *no pueden ver*. Son esos en que la literatura, los autores-que-saben, dan un paso después del abismo y ponen lo que pasó. Allí se establece una verdadera guerra de posiciones y permisos. Porque las aduanas oficiales piden distancias, umbrales, biombos, misteriosas jergas y pensamientos paradójales: todas formas del

miedo, muros consecutivos al esperado fin, al fracaso y la impotencia del arte. No obstante, la literatura goza de extrema salud. La literatura es una salud.

La policía secreta de la historia oficial, de los estados críticos oficiales, de la lectura permitida, hacen crítica literaria. Pero los manuscritos no arden, sobreviven, vuelven del futuro. La institución traza cánones; la literatura, páginas cuneiformes de dolor. Puede.

La literatura puede con causalidades múltiples, con capas de tiempo, puede decirlo; la literatura sabe que puede incluso con palabras sin ironía: la literatura dice lo que dice y dice la horrorosa historia.

Las instituciones de la historia, de la crítica, de la teoría, domestican, naturalizan, tranquilizan. Novelizan. Mitifican incluso con prólogos preventivos. No *leen*. Es el totalitarismo de la idea general el que mata la lengua de cada registro y la verdadera historia al explicarla y ordenarla. Sin embargo la lengua se recupera hasta en el campo de concentración, la lengua es el único lujo cuando ya no queda nada.

La literatura va con el cuerpo; la crítica hace metafísica. Las memorias, las biografías, los recuerdos, los diarios, cuadernos y testimonios son una única y última honestidad, una ética, una patria donde se puede. La razón crítica envejece, administra pobreza. La literatura colma nuestro corazón horrorizado de injusticias.

Laura Estrin

Introducción.

Desaparición y escritura

¿Había realmente regresado a alguna parte, aquí o en otro lugar, a mi casa o donde fuera? La certidumbre [...] de que realmente no había regresado, de que una parte de mí, esencial, no regresaría jamás, esta certidumbre se apoderaba a veces de mí, trastocando mi relación con el mundo, con mi propia vida.

JORGE SEMPRÚN

La memoria de mi desaparición y reaparición forzadas del centro de detención, tortura y exterminio argentino (CDTyE) Club Atlético, donde pasé menos de una semana o toda una vida, me hace replantear ideas y seguir rememorando desde un presente que siempre impulsa a volver sobre relatos de esa experiencia. No elijo los textos: me llegan. Tampoco intento una exploración exhaustiva: confío en que otros puedan seguir indagando sobre la escritura que insiste en ponerle palabras al horror.

Es difícil dar por terminado este libro porque los interrogantes no cesan y las respuestas se inquietan, se contradicen, se pisan. Se dicen y se desdicen. Siempre hay un argumento más que interpela y desacomoda cualquier orden. Sé que la reflexión no aporta soluciones, que apenas da con paradojas que no se resuelven. Por eso mismo, ¿cómo ponerle punto final? No hay punto final, hay un deambular que no cesa entre relatos que, como dice Laura Estrin, pueden. Y en este deambular, que es colectivo, surgen afinidades y rechazos con otras miradas (las primeras reconfortan y reaseguran, las segundas provocan y generan polémica). Por eso les doy lugar a otras voces, entretejiendo mi escritura con citas y fragmentos que incorporo, acuerde o des acuerde: me ayudan a desanudar las indelebles secuelas subjetivas de una atrocidad que sigue exigiendo atención, cuyas huellas siguen vigentes porque nos exceden.

No pretendo definir la escritura que inspira estas páginas: ¿testimonial, concentracionaria, memorialística, literatura a secas? Si entro en este debate es porque en el camino se dirimen otros temas.

Me importan los interrogantes nacidos desde la intimidad de la vida en los campos, de la convivencia con esta marca que es, quiérase o no, un sello de identidad. Me pregunto, por ejemplo: el sobreviviente, ¿escribe para regresar al mundo del que fue extirpado?, ¿escribe para abrirse, a fuerza de palabras, otro lugar que, a diferencia del campo, sea habitable?, ¿puede lograrlo?, ¿cómo?, ¿cuándo?

Ciertos testimonios, como ciertas novelas o ciertas filosofías, siguen siempre vigentes, no responden al calendario. Y no importa si dan cuenta con precisión de los sucesos a los que remiten, porque un texto nunca transcribe lo vivido, no produce versiones literales de lo real. Estos libros no vienen a hacer un relevo de datos ni a reconstruir la verdad de lo que pasó. Los testigos rememoran desde su presente, y al hacerlo descubren nuevos aspectos de la lógica letal que sigue primando en el mundo contemporáneo. Cada testimonio viene a retrucar y a desafiar con sus armas, que son sus letras, el atentado perpetrado por la humanidad contra sí misma.

La invisibilidad del testigo

Si estos textos, como cualquier obra de arte, exceden su tiempo, tampoco su recepción se agota en determinado período histórico. No obstante, a los sobrevivientes se nos ve, sobre todo, como restos de cierto pasado o depositarios de información, como pruebas vivientes, y por eso nuestro relato tiene validez en los juicios por crímenes de lesa humanidad. Pero fuera de ese ámbito seguimos siendo un Otro que encarna lo que no se quiere asumir y, por eso mismo, se rechaza.

Si bien en la Argentina se confronta de mil maneras la siniestra dimensión que creara el ex comandante Jorge Rafael Videla con su famoso dictum: *no están*

*ni vivos ni muertos, están desaparecidos*¹, el relato de los «aparecidos» no tiene carta de ciudadanía. Y no la tiene aun cuando resulta indispensable para que esa dimensión fantasmagórica no se mitifique. Acercarnos al sufrimiento padecido por mujeres y hombres concretos, pensar junto a quienes experimentaron la forma más exacerbada de la biopolítica puede darnos claves sobre lo que padecemos hoy, sobre relaciones de poder cuya matriz sigue vigente.

El vacío que dejó la catástrofe, si bien espectral, está lleno de rostros, de seres con nombre y con historia que habitaron ese limbo de exclusión llamado campo². ¿Por qué sus voces siguen siendo poco audibles? Una respuesta es que prima la anestesia y por eso el testigo –visto como el adalid del dolor– no resulta una figura atractiva.

Por otro lado, estos relatos interpelan a quienes, en nuestras sociedades, siguen sin cuestionar su tácita aceptación de un horror que, al naturalizarse, logra el visto bueno requerido para anular al Otro, ya sea el «subversivo» (el que cuestiona desde su potencia emancipatoria) o quien encarne la culpa de todos nuestros males.

No pretendo que el sufrimiento atraiga a multitudes. Apenas vengo a refutar a quienes sostienen que el testimonio, a diferencia de la novela, es incapaz de simbolizar o de abrir sentidos, que le impone un significado unívoco a su relato y que lo hace con escasa o nula elaboración literaria. Me opongo a esta confusión entre criticar y condenar, entre cuestionar y erigirse en juez. Quisiera, en cambio, que al testimonio de los sobrevivientes (que es literatura y es historia) se le reconozca su lugar e insustituible aporte.

La región del Cono Sur fue arrasada, en el siglo XX, por un poder desaparecedor –al decir de Pilar Calveiro– que la transformó en un nefasto laboratorio de la condición humana cuyos efectos se ciernen sobre el presente.

¹ Jorge Rafael Videla fue jefe de la primera Junta Militar responsable del golpe del 24 de marzo de 1976; se lo sentenció en el Juicio a las Juntas en 1985; en 1990 se acogió al indulto declarado por el presidente Carlos Menem; en 2010 lo condenaron a cadena perpetua en cárcel común por crímenes de lesa humanidad; en 2012, a 50 años por la apropiación sistemática de hijos de desaparecidos. Murió en la cárcel en 2013.

² En este ensayo uso ambas nomenclaturas: CCTyE (como se estila en la Argentina) y campo (término que remite al nazismo y que vincula diversas metodologías de desaparición forzada que, a nivel simbólico, dejaron marcas similares).